

DON ISAAC J. BARRERA A TRAVES DE MIS RECUERDOS

Gustavo Alfredo Jácome

Conocí a don Isaac J. Barrera —así, con el don señorial, como don Miguel de Unamuno, como don Gonzalo Zaldumbide—, un día de setiembre de 1928. La víspera había llegado a la capital, en mi primer viaje desde Otavalo, que duró tan solo, algo más de doce horas. Sí, tan solo algo más de doce horas, que los viajeros a caballo que hacían dos días bien jineteados por el páramo de Mojanda, consideraban un récord de velocidad. Salimos de Otavalo antes de las seis de la mañana, en un bus que iba bramando en la cuesta de Cajas y patinando de cuneta a cuneta por un camino jabonoso. A eso de las nueve, llegamos a Cayambe, donde ya nos esperaba el tren, en un solo resoplido. Con el corazón en la boca subí al coche de segunda, que sería desde entonces el acostumbrado, a lo largo de mis años de estudiante. El convoy se componía de un carro de carga, el coche de segunda y el de primera. La locomotora al principio iba al galope por entre los potreros de la hacienda de Miraflores, ascendió luego carraspeando su garganta reseca por los áridos flancos de Otón y a medio día descansó un rato en El Quinche, para el almuerzo, y siguió gallardamente hacia Quito. En los túneles de la quebrada de Iguñaró se dio de diablo que echaba chispas. Iba cruzando alairito, sin nadita de vértigo, los puentes sin pasarelas ni nada. Ya por los valles de Yaruquí, Puembo y Tumbaco pitó y pitó y le saludaron los guabos endomingados de flores. La pujada comenzó desde Cumbayá, por tres largas horas, hasta coronar la loma de Puengasí, hoy cosa de apenas diez minutos por la carretera. La locomotora jadeaba, sudaba, componía la respiración con frecuentes toses, se detenía a tomar agua, a cargarse de más leña, a reponer las fuerzas y tomar vuelo. Al fin, en unos recuestos que debían ser aquellos “que el soberbio Pichincha decora”, se asomó a mis ojos la ciudad de Quito. Pasadas las seis de la tarde, llegamos a Chimbacalle, un patio de casa de locos, con los roncospitazos de otras locomotoras-madres que fumaban a gruesas bocanadas de un humo negro y apestoso, posiblemente porque sus maquinistas eran gringos, mientras la nuestra, a leña, apenas resultaba ser una cría de ellas.

Había sido un viaje feliz. En los viajes posteriores ya nos acostumbraríamos a quedarnos, desacarrilados o dañados la frágil locomotora, en Cajas, Cangahua, Monteserrín.

Una vez en el andén de la estación, mi padre y mi tía materna —esa extraordinaria y santa mujer que hizo de mi madre—, quienes me traían a Quito para ponerme en el colegio, me dijeron que la ciudad propiamente quedaba todavía lejos y que teníamos que tomar el tranvía. Yo miraba hacia abajo, en lo que luego llegué a saber que era la calle Maldonado, una casa baja, con las ventanas iluminadas y repletas de gente. Alguna fiesta pensé. De repente, ante mi susto, la casa comenzó a caminar entre golpes de timbre y chispazos eléctricos. Había sido el tranvía.

Y en todo esto —me dirán—, ¿cuándo aparece don Isaac? Al día siguiente de llegados, en su quinta vacacional, ubicada en el terminal del tranvía y donde terminaba también el Quito de entonces, al final de la hoy Avenida Colón, muy cerca de la Avenida Seis de Diciembre, que no existía. En las conversaciones familiares, todavía en Otavalo, escuché que llegados a Quito había que colgarse de don Isaac para, a través de él y su gran influencia en el gobierno, conseguir la beca, única manera de poder iniciar mis estudios. Para esto le buscamos en su quinta. Era a la sazón Subsecretario de Gobierno, con el Ministro Julio E. Moreno, en la presidencia de Isidro Ayora. Yo quería ingresar en el prestigioso Instituto Normal “Juan Montalvo”.

Don Isaac y su señora, doña Carmen, nos recibieron amablemente. Había algún parentesco entre don Isaac y mi padre. Por eso iniciaron una conversación con recuerdos de familia. Entre otras cosas oí decirle a mi padre: “Hermosa mujer perdiste, José Antonio”. Era otro dato que me ayudaba a reconstruir, inalcanzablemente, el rostro desconocido de mi madre.

Cuando le plantearon la ayuda que de él esperábamos, don Isaac, con toda delicadeza, nos dijo que él no podía hacer nada y que la beca tenía que ganársela el mismo guambrito con sus exámenes de ingreso. Después entendía que fue la primera lección de superación personal que recibía de ese hombre, que se levantó por sus propios méritos. Así conocí a don Isaac, el hombre austero.

Al escritor le había conocido antes, a través de su novela cor-

ta "El dolor de soñar", que en un ejemplar dedicado a mi padre llegó a mis manos cuando yo tenía diez u once años. El caso relatado me impresionó hondamente porque llegué a conocer a la protagonista, doña Natalia, Nataly posiblemente para el extranjero que al llegar a Otavalo se enamoró y la amó y fue amado. El hecho debió de haber escandalizado el ambiente lugareño, y más cuando, al retornar el extranjero a su país, dejó a su amante, en Otavalo, enloquecida de amor. Años más tarde, miraba a esa mujer escombrada, con la historia trágica de su corazón, asomada en sus ojos alucinados.

En Otavalo, también antes de conocerle, descubrí las huellas iluminantes de don Isaac, quien enriqueció la Biblioteca Municipal —en esos tiempos, la primera década de este siglo—, con las obras de los clásicos griegos y latinos. En esa biblioteca leí, todavía escolar, "Los siete sobre Tebas", la tragedia de Esquilo, posiblemente sin entenderla bien.

Periódicamente, visitaba a don Isaac, para aprovecharme de su sabia información literaria y curiosear su selecta y actualizada biblioteca. En una de esas visitas, y cuando ya había alcanzado un premio nacional con mi poemario para niños "Luz y Cristal", me informó de la existencia de "Platero y yo", libro que desde entonces ha sido para mí un embelesamiento espiritual.

En esas conversaciones descubrí la pulpa sensibilizada de ese hombre aparentemente adusto, sensibilizada por la nostálgica evocación de los lomeríos, cañadas, valles y lagos otavaleños y sus toponímicos invocados por él como en una oración. Era la otavaleñidad, la mística de la que todos nosotros vivimos transidos.